

Hacian los meagrios los honores de su civilizacion al egipcio Lelego (1470). Cecrope habia ya venido de Sais á Atica (1610), donde estaban los descendientes de Ogiges, rey memorable, puesto que habia acaecido un diluvio particular bajo su reinado (1759). Cecrope encontró á los naturales en un estado enteramente salvaje, sin matrimonios legítimos y sin conocimiento de la divinidad. Les dió leyes, les acomodó á la vida social, abolió la promiscuidad de las mujeres y todo sacrificio sangriento. Regularizó los ritos funerarios de que formaba parte un banquete donde se repetian las alabanzas del muerto. Pero inmediatamente que el cuerpo era entregado á la tierra, se debía sembrar el polvo que lo cubria. Persuadió á los atenienses de que fortificasen sus ciudades para asegurarse contra sus vecinos y sujetarse al gobierno de uno sólo; por él empezó una serie de diez y siete reyes que tuvo fin con Codro.

Cadmo, procedente de la Fenicia, estableció una colonia en la Beocia, donde encontró á los hyantos y á los aonios, llegados al país despues de un terrible contagio que habia exterminado á los indígenas. Allí instituyó oráculos, construyó en Tebas la ciudadela Cadmeana, y llevó á Grecia la escritura que fué sustituida á aquella de que se servian primeramente los pelasgos.

CAPITULO XIX.

Primeras expediciones y organizacion civil de los griegos.

Semejante mezcla de pueblos debió llevar á los griegos indígenas conocimientos, artes é instituciones sociales; pero es muy árduo distinguir los vestigios de lo que les fué transmitido de fuera, consintiendo á este pueblo su indole admirable asimilarse todo cuanto recibia é imprimirlo un carácter de originalidad. Realmente parece que su país habia sido hecho para el progreso de la sociabilidad, de las artes y de las ciencias. Si una nacion crece en medio de un recinto insuperable de montañas, sin vínculo, ni contacto, ni simpatía con otros pueblos, se perpetuarán allí leyes y costumbres; pero no se podrá abrigar la esperanza del desarrollo progresivo. Mirad en derredor de vosotros, y vereis como en los países surcados por rios, ceñidos de mar y entrecortados por gol-

fos, se han desenvuelto y perfeccionado desde muy luego la industria y las artes sociales; como el depotismo y las constituciones tiránicas han tenido allí duracion muy corta.

Se halla situada la Grecia propiamente dicha, entre el 36 y el 41 grado de latitud; báñala el mar por tres de sus lados. Al Norte la separa de la Iliria y de la Macedonia un prolongamiento de los Alpes Carnicos, de los cuales son una ramificacion el Parnaso y el Pindo; un gran número de riachuelos riegan su territorio adecuado á toda clase de cultivo y al cual sonrie el cielo más dulce y más sereno. Se encuentran allí facilitadas las comunicaciones por una costa de 1,200 leguas á lo ménos, es decir, 330 más que en Italia y 400 más que en Francia. De aquí su industria, su movimiento y aquella impaciente variedad en las costumbres, en las colonias, en las tradiciones, en las instituciones, que, haciendo imposible la civilización uniforme y estacionaria del Asia, debian arrastrarla de exceso en exceso para venir á parar en resultados imprevisos. Todo era misterio en Asia; las castas y la monarquía fundadas sobre la fé figuraban allí como símbolos de la unidad infinita. Si Grecia recibió algo hasta de las colonias egipcias, los usos despóticos debieron ceder á la indole del país muy en breve. Allí los reyes ceden el puesto á gobiernos nacionales en los cuales triunfan la habilidad y la elocuencia; ve hacerse pedazos su baston augural el sacerdote; sale la ciencia del santuario para comunicarse á todos y para demostrar que todo es movimiento así en el mundo como en el hombre; su misma mitología lo enseña en sus revoluciones repetidas de los elementos como en sus dioses nuevos y antiguos, grandes y pequeños, dependientes é independientes en guerra entre sí, con los gigantes y con los héroes.

Entremos, pues, en la civilización europea; busquemos sus elementos en medio de un pueblo que muy luego vino á ser más hábil que los fenicios en las artes del comercio, más valeroso que los persas; acaso fué ménos atrevido y ménos gigantesco que los indios y los egipcios en los edificios, si bien más variado y más gracioso; ménos original en la ciencia, si bien más práctico que sus anteriores. La marcha de la humanidad entre los pueblos del Asia interior y del Africa no se nos presenta más que por

intervalos como los recuerdos de un sueño que cruza nuestra mente cuando en sus ilusiones conoce estar más desprendida de la materia, ó como la relacion que hiciera un hombre de la antigüedad despertándose de su sepulcro al cabo de dos mil años con sus ideas y con el lenguaje de aquel tiempo. Pero desde este instante vamos á abandonar lo indefinido para encontrar la historia verdadera bajo el velo seductor con que la reviste un pueblo doctado más que otro alguno del sentimiento de lo bello.

Poner en comunicacion reciproca á las tribus esparcidas en diversos puntos, debió ser el primer pensamiento de los hombres de estado de Grecia; para esto sirvieron la religion, las alianzas, el comercio, las guerras y los gobiernos. La religion, de cuya esencia hablaremos pronto extensamente, no pudo continuar siendo privilegio de una casta, áun cuando los sacerdotes que la introdujeron hicieron toda clase de esfuerzos á fin de explotar el misterio en provecho de su dominacion; introdujo en ella el pueblo tantas ideas é instituciones nacionales que vino á ser patrimonio de todos. Su oficio fué limitado á propagar las ideas de la honradez y de la justicia, á consagrarlo en las empresas prudentes con la sancion del cielo, y cuando se convocaba á las diversas poblaciones para celebrar las fiestas generales, equivalia á dar un gran impulso al comercio y á excitarlas á fraternizar mutuamente. Acercándose y reuniéndose de este modo para la plegaria y para las diversiones, era muy natural que tratasen de los intereses comunes, que germinase en su corazon el sentimiento de un derecho público, que se debatiesen cuestiones, y que se formasen alianzas. No estando ya sepultada la religion dentro del santuario, habló por boca de los poetas, que no pertenecian al sacerdocio, si bien se les llamaba hijos de los dioses; se les atribuía haber subido al cielo ó bajado á los infiernos porque inspiraban á toscos salvajes la piedad y la clemencia. Se les reputaba como hombres de saber para domesticar los tigres, conmovier las encinas y hacer que las piedras se erigiesen por sí mismas en ciudades; y todo esto porque extinguian los odios sanguinarios é instituian las asociaciones y revelaban á los mejores talentos los secretos más importantes

de la vida maral desde el fondo de sus misterios. Inventó la religion los asilos, oposicion desarmada al impetu brutal del fuerte. Tambien eran los juicios cosa divina, puesto que los que les pronunciaban suplicaban á los dioses que les otorgasen su perdon si habian violado la justicia; así el castigo fué llamado *suplicio*, y el condenado y el maldito *sagrado*. Esta idea se propagó á las demas naciones é hizo mirar la guerra como santa, los desafios como justicias de Dios, y á los vencidos como gentes abandonadas del cielo. Tan cierto es, que el primer paso de la civilizacion es dictado siempre por una razon de origen divino, haciéndose todo por los dioses y para los dioses.

Tienen los vencidos por señores á las razas heróicas, es decir, á los conquistadores, que proveen á su propia conservacion por medio de un senado, poseyendo por regla de justicia la razon de Estado, y cuyas leyes son á la par impenetrables en sus motivos é inviolables en sus formas. Más tarde en oposicion á los grandes, á las familias patricias, surge la plebe, el *Demos*, el Concejo, que acaba por obtener gobiernos *humanos*, y parte en la propiedad de las tierras como en la confeccion de las leyes segun la igualdad civil. Jamás llegó á este punto Grecia; sólo Roma fundó despues de una larga lucha la igualdad de derechos entre hombres libres, hasta que, aboliendo el cristianismo la esclavitud, proclamó á todos los hombres iguales; ley inscrita desde entonces en todos los códigos de los pueblos cultos. Abriguemos la esperanza de que muy en breve en la sociedad áctica ha de ser un hecho.

Debíamos hacer constar esto desde el principio, á fin de que, al hablar de gobierno y de libertad en Grecia, se tenga entendido que sólo se trata de la raza dominadora. El derecho de conquista que hemos hallado entre las naciones más antiguas, se erige tambien en principio en ésta, constituyendo una clase poderosa más ó ménos ilustrada, que manda sobre otra destinada á la servidumbre y á la obediencia. Para la primera son los derechos, las leyes, los juicios, la religion, las armas, los privilegios grandes ó pequeños: para la segunda, bajo el título de paisanos, de siervos, de esclavos, la agricultura, la industria y los ínfimos empleos. Conviene, sin embargo, notar que en Grecia no son

insuperables las barreras entre las clases, y que un sabio ilustre, un gran artista puede descolgar en medio del vulgo y rivalizar por otras vías en gloria de las gentes bien nacidas.

El más célebre de aquellos senados aristocráticos que, guardando para sí la ley secreta y sagrada, pronunciaban en nombre de los dioses fallos de que no tenía que conocer la plebe, fué el de los príncipes feudatarios de la Tesalia, confederados contra los bárbaros en la liga llamada Amfictioniana, de Amfiction, hijo de Deucalion, á quien le había tocado en la repartición el litoral de las Termópilas desde los confines de la Tesalia hasta la Beocia. Lo que quedaba de los pelasgos se unió en esta confederación á los helenios, y el culto de Apolo, dorio, fué asociado con el de Ceres, pelasga. Celebrábanse las asambleas por otoño dentro del templo de esta diosa en Anthela, cerca de las Termópilas; por primavera en Delfos, dentro del templo de Apolo: sus deliberaciones, marcadas con el nombre del Sumo Pontífice Delfico, eran inscritas en las columnas de los dos santuarios. Cada una de las ciudades confederadas tenía allí dos votos, y se hacía representar por el número de diputados que mejor le complacía, como acostumbraban las provincias de los Países-Bajos en sus estados generales. Su único convenio era desde luego no ser nocivas una para otra, y por eso prestaban este juramento: «No derrocaremos ninguna ciudad confederada, ni en tiempo de paz ni en tiempo de guerra torceremos el curso de las aguas necesarias para la bebida, y si otra se atreviese á ello la combatiríamos hasta el exterminio. Si hubiese impíos que robaran las ofrendas hechas á Apolo, emplearíamos piés, brazos, voces, todas nuestras fuerzas contra ellos y contra sus cómplices.»

Como los amfictiones se habían erigido en protectores del templo de Delfos, fallaban acerca de las disputas que casualmente se suscitaban entre los extranjeros que acudían á su solemnidad, lo cual les obligaba á poseer nociones de la justicia general y á conocer las costumbres particulares. La prudencia de los jueces hacía respetar sus decisiones por la religión sancionadas. Era, pues, natural que se sometiesen además á esta asamblea más importantes cuestiones.

Sólo el tiempo le impuso formas regulares, y le hizo abrazar las doce ciudades de la Grecia septentrional, pertenecientes á los dorios, á los jonios, á los focidios, á los beocios, y á los tesalios. Toda la que hubiese violado el derecho público podía ser excluida admitiéndose en su lugar á otro pueblo. Nunca constituyó este consejo una dieta general llamada á deliberar sobre los intereses de todo el país, sino que compuesta como estaba de los diputados de toda la Grecia, y afectando un carácter sagrado, se le sometían las cuestiones de más alta importancia y las dificultades entre Estados; así de ella emanaban las ideas sobre el derecho público y velaba á fin de que no fuese infringido. Hacían en suma los amfictiones lo que en los siglos eminentemente católicos hizo la corte de Roma con sus cardenales, elegidos en todas las lenguas, investidos con un poder sin armas, si bien superior al de el acero, porque se apoyaban en las reglas eternas de la justicia; ó lo que hacen los congresos en nuestro siglo terminando con la discusión diplomática las disputas que en otro tiempo se resolvían en los campos de batalla. Si se medita en que los amfictiones fijaban su residencia cerca del oráculo de Delfos, de manera que podían sugerirle las respuestas convenientes y hacerle sancionar sus decisiones, se comprenderá á cuanto poderío se levantó aquella asamblea, causa principal de la unidad de la Grecia y de la resistencia que pudo oponer á Jerges. Cayó más tarde cuando se introdujeron allí oradores para sustituir á la verdad el sofisma, y cuando animadas las repúblicas del espíritu de sutileza hicieron aquel recinto palenque de sus querellas, extraviando disputas parciales su atención que no debía fijarse más que sobre el derecho y el interés común; esto sin contar que luego que las tribus dóricas y jónicas llegaron á una gran pujanza se sintieron ofendidas por encontrarse en igualdad de sufragios con los pobres moradores de Phthia y del monte Eta, y la orgullosa Esparta con los paisanos de la aldea de Gitinio; de manera que esta confederación perdió toda su energía y hasta la existencia.

En breve la necesidad y el lujo dieron margen á relaciones entre los pueblos de la Grecia y de éstos con las naciones distantes. Aún aparece que sus primeras expediciones tuvieron

por objeto establecer relaciones de comercio: la de Helé, que dió su nombre al Helesponto, y la de Phrixo que abordó á Colchos en un buque llevando la figura de un carnero, están narradas bajo el velo de la alegoría. El rapto de Europa indica que los puertos del Mediterráneo eran ya frecuentados. También eran en nuestro sentido barcos de velas el caballo alado de Bellerofonte, la Quimera por el vencida, las alas de Dédalo y el delfín de Arionte, llamados así por la figura esculpida en su proa.

La expedición de los argonautas á Colchida es la más memorable de todas. Aquella Holanda de los antiguos fué favorecida en su comercio por los dos mares, junto á los cuales tenía asiento, y que tal vez se juntaban en otro tiempo por el lado del Norte. Su clima es lluvioso, pantanoso el terreno hasta el punto de que las casas construidas sobre estacas estaban separadas por numerosos canales. Sus moradores, cuyo idioma era tan áspero como sus modales, sobresalían por industriosos, y su rey Eeta había acumulado inmensas riquezas. Animado del deseo de apoderarse de ellas, y también con el fin de fundar colonias y factorías, Jason mandó construir al pié del Pelion el buque Argo (1250); eligió por sus compañeros la flor de los valientes de la Phthiotida y de Esparta: Tiphys, esperto piloto; el médico Esculapio; el poeta Orfeo; Zetes y Calais, hijo de Boreas; Castor y Polux, de la sangre de Júpiter; Autólico, nacido de Mercurio; Teseo, y en fin Hércules, el más eminente de los mortales y el primero de los semidioses. Parten de la Tesalia, visitan á Lemnos y la Samotracia, sede del culto de los cabiros, entran en el Helesponto y costean el Asia Menor. Hércules, Hylas, Telamon, se detienen en la playa de la Troada donde fundaron á Abdera; continuando los otros su derrotero, tocan en Cyzica, en la Bitinia, en las Symplegades; descubren y cruzan el difícil paso del Ponto Euxino, luego llegan á Mariandini y á Eea en Colchida. Se ignora si se apoderaron de los tesoros de Eeta; es lo cierto que establecieron colonias junto al *Pontos* que tomó el nombre de *Euxenos*, hospitalario, en vez de Axenos inhospitalario que habían debido primeramente al pillaje ejercitado por los caucasianos en barcos que abordaban á aquellas playas. De vuelta en Grecia, y á fin de conservar la memoria

de su expedición, instituyeron los argonautas los juegos olímpicos y colocaron á Argos en la categoría de las constelaciones.

Fué el sitio de Tebas la segunda empresa de los griegos. Ya hemos dicho que Cadmo había sido el fundador de esta ciudad, donde su dinastía pereció abandonada á los más crueles infortunios. Después de Cadmo reinaron Polidoro, luego Labdaco, y por último Layo, que casado con Yocasta, tuvo por hijo á Edipo. Instruido por los oráculos de que este hijo le sería funesto, mandó que le abandonasen en el camino; pero recogido por los pastores, creció sin saber quien era, y por una serie de raros accidentes quitó la vida á su padre, se casó con su madre y murió de dolor cuando supo á cuántos crímenes le había arrastrado el destino.

De su incesto nacieron Eteoclo y Polinici, enemigos desde la cuna. Habiendo usurpado el primero el trono de Tebas, vino Polinici á reclamar su parte, socorriéndole Adrasto, su suegro y rey de Argos. Tenía por auxiliares á Tydeo, rey de Etolia, á Capaneo, á Amfiarao, y Hipomedon, Partenope, y á los guerreros más valerosos de la Mesenia, de la Argólida y de la Arcadia, países ya constituidos, si bien independientes uno de otro. Habiéndose reunido los siete caudillos (1225) en la selva de Nemea, donde instituyeron los juegos nemeos, fueron á llevar la guerra bajo los muros de Tebas, hasta que se quitaron recíprocamente la vida los dos hermanos y perecieron los siete caudillos, á escepcion de Adrasto. Pero en una segunda expedición se apoderaron de Tebas y la destruyeron los hijos de aquellos primeros acometedores más valerosos que sus padres.

Indican tiempos bárbaros aquellas guerras fratricidas, las atrocidades que las acompañaron y los horrores de que fueron teatro los palacios de Argos y de Mycenas. Aquí Tántalo deguella al hijo de Pelope y se lo sirve por comida; allá Acrisio expone junto al mar á su hija Danaé para castigarla de sus amores; su hijo Perseo asesina á su abuelo y funda á Mycenas, donde reinan después los dos hermanos Atreo y Tieste. Desposeído este último se venga violando á la mujer de Atreo; el esposo ultrajado destierra á los hijos nacidos del adulterio. Tieste abusa luego de su propia hija, la cual informada más tarde de la verdad, se da

muerte. Egisto, nacido de este incesto, degue-lla á Atreo y restablece á Tieste en el trono. Éste es atacado por los Atridas, Menelao y Agamenon, ascendidos á reyes, uno de Esparta y otro de Argos. Agamenon inmola á los dioses á Ifigenia su hija; luego es asesinado por Clitemnestra á quien seduce Egisto, y que por último recibe la muerte de mano de su hijo Orestes. Tradiciones feroces de una generacion de peetas anteriores al siglo homérico, sombrías como las costumbres del tiempo, y destinadas á apartar de la senda del vicio, poniendo en relieve lo que hay de más repugnante.

Agamenon y Menelao, á quienes hemos nombrado los últimos, nos conducen á hablar de otra expedicion que ejerció el mayor influjo en Grecia, y cuya celebridad no debe perecer nunca. Troya se alzaba donde el Asia menor da frente á Europa, muy cerca del estrecho de Helé: era una ciudad pelásgica, construida por los dioses; es decir, en una época muy remota, y que había extendido su dominacion sobre toda la Mysia Occidental en el espacio de tres siglos. Citan las tradiciones poéticas entre el número de sus reyes á Teucer (1500); luego Dardano, que venía de Etruria, de Corinto y de Samotracia, indicio de un origen pelásgico; Erichthon Tros, de quien tomó nombre Troya; Ilo que hizo fuese también llamada Ilión; Laomedonte y Priamo. Se había manifestado el odio entre las dos razas pelásgica y helénica por recíprocos agravios. Tántalo, bisabuelo de Agamenon, había arrancado de su morada al troyano Ganimedes; Hércules había saqueado á Troya, quitado la vida á Laomedonte y robado á su hija: en cambio Paris, hijo de Priamo, roba á la hermosa Helena, esposa de Menelao. Agamenon llama á la venganza á los caudillos de las ciudades griegas, que juntan 10.000 velas en Aulida, y se embarcan para el Asia. Además de los reyes de Esparta y de Argos, los principales guerreros que les acompañaban en esta expedicion eran: Ulises de Itaca, Nestor de Pylos, Idomeneo de Creta, Aquiles de Phthia, Ajax de Salamina, Diomedes de la Argólida, y otros jefes de tribu independientes uno de otro, si bien reunidos para un objeto comun. Priamo les opone otra confederacion: la de los montañeses próximos á sus estados, carios, lycios, pelásgos,

con más el valor de gentes que defienden sus propios hogares.

Empezaron los gr'egos por talar los países aliados, y luego llegaron á sentar su campamento delante de Troya. Es difícil de comprender en Homero de qué modo procuraban apoderarse de ella; no era por un asedio en regla, puesto que no hacian obra alguna para acercarse á los muros, para arrasar las fortificaciones y asestar sus tiros á las casas; no era tampoco un bloqueo, porque jamás interceptaron á Troya ni los convoyes de víveres ni los socorros. Acampaban lejos de las murallas en medio de sus carros y de sus naves sacadas á lo seco en la playa. En lo interior de la ciudad se vivía, sino con tranquilidad, en reposo; todo se reducía á algunos combates cotidianos y á algunos asaltos á los parajes donde era más cómoda la subida y más fácil la escalada de los muros. Cubiertos de cascos, de corazas, de escarcelas y de escudos de cuero, armados de clavos, de lanzas, de dardos, de venablos, de flechas, emponzoñadas á veces, y de piedras enormes, venían á las manos los griegos mejor disciplinados, en un terrible silencio, y los troyanos con sus auxiliares montañeses que lanzaban espantosos gritos. No montaban caballos, sino carros guiados por un cochero (*Auriga*), que lidiaba también valerosamente. Arrojábanse jefes y soldados á la refriega para hacer alarde de denuedo personal hasta que la noche llegaba á separarlos. Entonces los troyanos tornan á entrar en la ciudad y los griegos vuelven á su campamento cercado de trincheras. Al día siguiente quema cada cual sus muertos en hogueras, en rededor de las cuales prorumpen en gemidos, celebran juegos y degüellan prisioneros y caballos en obsequio de los grandes. A menudo se interrumpe el combate por un desafío en que no se ostenta destreza en el arte de la esgrima, sino en que triunfa aquel cuyo acero cae más vigorosamente y cuya lanza es más rápida. No conocen la compasion en el campo de batalla, y se ceban hasta en los cadáveres. Despues de la lid se entregan á las dulzuras de la amistad y al amor con sus lindas esclavas; preparan ellos mismos sus manjares, y vaciando anchas copas cuentan pasadas aventuras ó cantan al son de la lira en loor de los héroes antiguos. Agamenon, el primero entre sus iguales, reunía á los caudillos

en la ribera para celebrar con ellos consejo. Diez años duró la guerra, y perecieron los más valientes de ambos bandos, especialmente Hector y Aquiles, tipos inmortales, éste de la bravura impetuosa y sin freno, aquél del valor moderado y humano, consagrado á la defensa del hogar y de los altares. El poema más admirado es el único en que se celebra á un héroe sucumbiendo por su patria, si bien se nos ofrece allí el espectáculo siempre nuevo, aunque muy antiguo, de la fortuna adversa al mérito y á la virtud.

¿Cómo terminó aquella guerra? Esto es lo que no nos enseña Homero ni los demás escritores más inmediatos á la época. Parece que intervino un tratado con griegos y troyanos, por cuyo texto hubieron de comprometerse los primeros á no combatir más con los súbditos de Priamo, y éstos á no volver á poner más el pié en el Peloponeso, en la Beocia, en la Creta, en Itaca, en Phthia y en la Eúbea. Con este motivo fué erigido y consagrado á los dioses un caballo gigantesco. Stesichon, de quien sacó Virgilio la fábula de la *Eneida*, dice que Troya fué tomada y destruida; pero primeramente no recordaba fiesta alguna tan notable victoria entre los griegos acostumbrados á celebrar de este modo los grandes acontecimientos nacionales, y además, Homero hace que Apolo vaticine á Héctor que su descendencia reinaria en Troya; profecía cuyo cumplimiento debía tener el poeta á la vista. Agréguese á esto los contrastes de los griegos que, bajo muy distinto aspecto que el de los vencedores, traqueados aquí y allá por los dioses, ó perecieron en sus errantes correrías, ó encontraron al volver á sus hogares su lecho nupcial y su trono usurpados, desobediencia en sus hijos y asesinatos.

Sea como quiera, durante aquellos diez años de combate por la misma causa, contra los mismos enemigos, aprendieron las tribus griegas á considerarse como un sólo cuerpo, y desde aquel momento el nombre de helenios indicó el conjunto de los pueblos que habitaban el Peloponeso, las islas y las costas. Aquella expedicion suministró á las imaginaciones abundante pasto; dió asunto á los cantos de los poetas cíclicos que andaban errantes de ciudad en ciudad y cantaban los combates, las guerras, las hazañas heróicas, bosquejando los fastos de

cada tribu y de la nacion entera. Estos cantos, aprendidos y repetidos, forman una noble coleccion de poesías nacionales; esto fué lo que engendró en los griegos aquel espíritu patriótico que les hizo considerarse siempre como un sólo pueblo, á pesar de alguna enemistad que suscitasen entre ellos sus discordias intestinas.

Homero fué el más ilustre entre aquellos poetas. ¿En qué tiempo vivió? ¿En qué ciudad? ¿Era griego, asiático ó italiano? ¿Era verdaderamente ciego? ¿Mendigaba realmente? ¿Viajó por las islas, por Egipto y por Italia? ¿Son obra de un mismo autor la *Iliada* y la *Odisea*? ¿Existió positivamente un poeta llamado Homero, ó es forzoso admitir que se desvanezca en un símbolo y que sus poemas, sus cantos tradicionales están compuestos por muchos en diferentes épocas y puestos en orden por gramáticos?

Esto importa poco al historiador de la humanidad. Podrá debatirse un día acerca de si un Rafael Sanzio veía, si el Vaticano tuvo un arquitecto y si existía un Aristóteles. Ningun poeta ha ejercido sobre su país tanta influencia como Homero, ninguno pertenece más al historiador desde entonces; pero nos basta aceptarle en la significacion de su nombre como testigo de los hechos que describe. Dista de nosotros la estrella polar millones de leguas, acaso no se halla donde la vemos, tal vez se ha apagado hace mucho tiempo, y no por eso sirve ménos al navegante para dirigirle en su viaje.

Por otro lado, lo que hizo quizá Homero tan admirable para siglos poco cultos, fué sin duda la circunstancia de desplegar bellezas y artificios poéticos; la delicadeza del gusto que le hizo conservar un término medio entre la razon demasiado positiva de los tiempos prosáicos y el incorrecto capricho de los orientales, entre el entusiasmo de la belleza y la armonia de las proporciones. Sus cantos, así como la música y la gimnástica, ocuparon el primer lugar en la educacion de los griegos: operóse, pues, el perfeccionamiento social de éstos, no con el auxilio de una doctrina, de lecciones frias ni abstractas, sino por la imaginacion y abarcando la vida toda. Homero instruyó á sus compatriotas, no haciendo resonar en sus oidos poemas morales, sino inspirándoles el sentimiento de la unidad nacional, encaminando